

R

# Perú ilustrado

1888

N° 35-86

T.A: Perlas y flores

(Intangible)

Lima



biblioteca  
nacional  
del Perú



3000000781

P. PERIODICAS

INVENTARIO 2011

Lo encontraba tan buen mozo  
Que en verlo se deleitaba,  
Con él finjia que hablaba  
En tono el más cariñoso.

Un año así se pasó  
Y un joven bien parecido  
Pretendió ser su marido  
Propuesta que ella aceptó.

Y tanto él la visitaba  
Y en ella el amor crecía,  
Que ya ni una vez al día  
De su Simón se acordaba.

Quitado del dormitorio  
Y en la despensa metido,  
Entre desnudo y vestido  
Simón, era un envoltorio.

Sin levita, ni zapatos,  
Lleno de telas de araña,  
No era en verdad cosa extraña  
Que en él durmieran los gatos.

Cierto día que á comer  
Vino el esposo futuro  
Por salir bien del apuro  
Y poderlo complacer,

Gastó cuanto tuvo en caja  
Para obsequiar al difunto,  
Y al recuerdo del difunto  
Le dió ese día de baja.

Faltóle fuego á un jamón  
Pidió leña la muchacha,  
Y la viudita con hacha  
Trozó el busto de Simón.

Y despues de hacerlo trizas  
Mandó que lo hicieran brasas  
¡¡Ay amor que cuando pasas.  
Sólo quedas en cenizas!!

MANUELA V. DE PLASENCIA.

### La cita en el Cielo.

(Trabajo leído por su autora en la noche del 17 de Noviembre.)

#### I.

Vamos á conducirte, curioso lector, á una habitación alta y tan pobre como aseada del Paño de San Bernardo; y por si lo ignoras, te diremos que el Paño de San Bernardo es una parte del claustro de Santo Domingo, pero independiente del convento, que los religiosos alquilan á bajo precio á familias pobres y honradas.

En dicha pieza y en una limpia cama de tijera, yace una niña cuyas hundidas mejillas y rojos pómulos ponen de manifiesto la fiebre que la consume.

Sus ojos, que la flacura hace parecer exajeradamente grandes se fijan, ya en una imagen de María que está colocada sobre una antiquísima cómoda; ya en un cuadro que representa á Jesús bendiciendo á los niños; ó bien, como queriendo traspasar los umbrales del tiempo, se clavan tenazmente en el pedazo de cielo que una ventana entreabierta le permite ver desde su cama.

Cerca del lecho, llorosa y espiando los menores movimientos de la enfermita pa-

ra prevenir sus deseos, está sentada una mujer de uno cuarenta años, alta, fuerte y sonrosada; es la buena tía Lorenza. Pertenece á la hermosa raza vascongada y formó parte, con su familia, de los colonos que vinieron para la hacienda de Talambo; empresa que, como es sabido, mal dirigida, fracasó por completo y fué una de las causas que originaron la venida de la Expedición Científica y la guerra con España.

El cielo le negó á Lorenza la dicha de tener hijos, pero su sobrina huérfana ha encontrado en ella, á la vez que un firme apoyo, el decidido cariño de una madre.

El producto de su trabajo, porque es una eximia lavandera, y una pequeña pensión que ha obtenido de la Sociedad de Beneficencia Española, le permiten atender al sustento y educación de la huérfana.

#### II.

La respiración de la niña se hace por instantes más y más fatigosa. El sudor frío y meloso de la agonía moja su frente color de luciente marfil.

Se están librando los últimos combates entre la vida y la muerte. Sin embargo, la sonrisa contrae sus pálidos labios y una celeste beatitud ilumina su demacrado semblante.

—Allá voy madre mía; dice con dulcísimo acento como dirigiéndose á seres invisibles para los demás; allá voy, aguardad.....un instante.....Paulina...hermana mía...no llores.....mira cuan contenta estoy yo..... No me olvido del compromiso..... que firmamos..... con nuestra sangre..... aquí está..... sobre mi pecho.....

Y cogiendo con mano vacilante uno de los cabos del escapulario que tiene pendiente del cuello, lo acerca con fervor á sus convulsos labios y luego, continuando su interrumpido monólogo, dice:

—Jesús.....mi dulce Redentor.....recíbeme en tus brazos.....llámame hacia tí.....consuela á mi buena tía.....

—La Virgen me sonríe.....y me abre los brazos.....qué hermosos son los ángeles!.....oh dicha! al fin me voy..... al Cielo!.....

Un rayo del sol poniente posándose en la frente de la niña moribunda, la rodeó de una aureola luminosa pareciendo mostrarle el camino del Cielo y conducir allá, ante el Altísimo, esta alma para cuya vida se extinguió en una sonrisa.

#### III.

Angelita era una preciosa chica de doce Añores, rubia como los angelitos de los altares. Cuando la risa entreabría sus rojos labios, curiosos se asomaban dos hileras de dientecitos menudos, blancos y húmedos como granitos de chocho; si por el contrario se enfadaba, lo cual sucedía rara vez, hacía un gracioso mohín, que la hacía parecer más linda.

Si los ojos son las ventanas por donde se asoma el alma, la de Angelita tenía que ser hermosa como un cielo sereno.

Angelita era una mujercita seria y razonable; cumplidora de su deber, servicial y afectuosa: era el ídolo de sus maestras y el oráculo de sus condiscípulas. Entre estas tenía una protegida.

Paulina, la protegida de Angelita, aun-

que dos años mayor, tenía ménos estatura. Era una muchacha flacucha, pálida y contrahecha; uno de aquellos seres á quienes la naturaleza trata como madrastra, imprimiéndoles un sello de ignominia al nacer, y que no necesitan nombre de pila porque tienen el de su defecto: á Paulina todos la llamaban *la jorobadita*; y hubiera sido víctima de las burlas de sus compañeras y se hubiera vuelto irrisible y mala, si Angelita no la hubiera tomado bajo su protección.

La desgracia unió á estos dos seres que llegaron á ser lo que podríamos llamar dos almas gemelas.

Angelita había perdido á su madre; Paulina nunca la conoció: era *hija de secreto*. No diremos que su madre, porque sería profanar tan santo nombre, la mujer que la echó al mundo, que no supo conservar limpio su honor, quiso conservar la máscara de la virtud y, mas inhumana que las fieras, abandonó á la hija de sus entrañas que fué á parar á la Inclusa donde las hijas de San Vicente la acogieron como acogen á todos los que importan su caridad.

De los Huérfanos pasó Paulina, por influencias de un secreto protector, al colegio de Santa Rosa, donde tuvo la buena suerte de encontrarse con Angelita quien vino á ser para ella una verdadera providencia.

Esas dos niñas cuya vida puede decirse que no tenía horizonte, fijaron sus miradas en el Cielo y, con todo el entusiasmo de que es susceptible la infancia, se propusieron nada ménos que ser unas santitas y formaron un pacto del cual pusieron por testigo á su patrona y modelo Santa Rosa.

Este pacto original era que, la que primero muriera había de llevarse á la otra en el improrrogable plazo de un mes.

Y para darle mayor solemnidad á tan peregrino contrato, ambas se picaron el dedo con una aguja y, mezclando su sangre, escribieron con ella el nombre de Jesús en dos papelitos que colocaron en sus respectivos escapularios. Fué este el precioso amuleto que hemos visto que acercaba Angelita á sus labios en su agonía.

Sabedoras de que Santa Teresa, niña aún, se escapó en compañía de su hermano para irse á tierra de infieles á sufrir el martirio, se propusieron imitarla.

Sin conocer la distancia ni las dificultades del camino, cosa que no les preocupaba en lo mas mínimo porque se proponían trabajar y pasar trabajos, formaron, de comun acuerdo, la heroica resolución de irse á Ocopa y de allí á la montaña, donde enseñarían la Doctrina Cristiana á los salvajes ó sufrirían el martirio.

Concertaron su plan; arreglaron sus bolsas de viaje con lo que creyeron mas preciso; y, nuevos cruzados, puesta la confianza en Dios, fijaron el día y la hora de la partida.

Pero como las mas grandiosas empresas suelen oscillar en el momento de ponerlas en práctica, así nuestras arrojadas heroínas en el instante de pasar el dintel del colegio, se vieron cogidas por la portera y puestas en reclusión, de donde no salieron hasta que, después de sufrir una severa mónica y en medio de abundantes lágrimas, hicieron acto de

contrición y propósito de enmienda ante la Madre Superiora.

Cerrado este camino que creían ellas habían de conducir las pronta y seguramente al Cielo, lugar de sus ensueños, colmo de sus aspiraciones, pensaron que, ya que no les era posible sufrir el martirio como á Santa Inés, Santa Eulalia y tantas otras santas niñas cuyas vidas habían leído en el Año Cristiano, podrían, como Santa Rosa, llegar allá por medio del ayuno y de la penitencia.

Y tan buenas trazas se dieron para mortificarse, ya poniéndose apretadas ligaduras en la cintura y en los brazos, ya echándole sal ó acíbar á la comida cuando no podían eximirse de tomarla, que en poco tiempo Paulina se adelgazó hasta el punto de que podían contársele los huesos y Angelita perdió sus bellos colores y se vió acometida de una grave enfermedad de consunción que obligó á su buena tía Lorenza á llevarla á su pobre habitación donde acabamos de verla agozar.

## IV.

El día de la partida del colegio fué de duelo para todas y especialmente para las dos amigas que se despidieron anegadas en llanto. Paulina estaba inconsolable.

—¿Qué vá á ser de mí Angelita, le dijo á su amiga querida, ahora que tú te vas! De nuevo me voy á quedar sola en el mundo.

—No te desconsueles, Paulina, le contestó Angelita; las madres son tan buenas y Sor Vicenta te quiere tanto! Y luego, el corazón me dice que pronto volveremos á estar juntas.

—Sí, en el Cielo; dijo Paulina con apenado acento.

—Ojalá, replicó Angelita elevando los ojos al firmamento.

—Si al menos pudiera verte un ratito cada día ó siquiera escribirte..... dijo Paulina y despues de un momento de silencio agregó con cierta vacilación:

—¿Te acuerdas Angelita lo que hacíamos antes cuando queríamos ver á una persona ausente?

—No lo recuerdo; ¿qué cosa era esa que te hace poner colorada? ¿Sería alguna cosa mala?

—Es que temo que digas que son niñerías y que ya estamos grandes para dar crédito á tales tonterías, pero... en fin te lo diré. ¿No te acuerdas de un día que estando en el jardín te arrancaste una pestaña y soplándola en el aire dijiste: "pestañita, pestañita, por la virtud que Dios te ha dado, anda donde mi tía Lorenza y dile que venga trayéndome una cosita;" y poco rato despues llegó tu tía trayéndote un papelón de caramelos y caramánducas calientitas?

—Sí que me acuerdo contestó Angelita, pero también tú te acordarás que una vez que Sor Vicenta nos vió hacer eso, se burló de nosotras y nos dijo que esas eran abuciones y que no creyéramos tales tonterías. Y luego, como tú misma has dicho, ya no somos unas chiquillas, ya estamos grandes y es menester ser mas juiciosas y sobre todo que nos conformemos con la voluntad de Dios.

—Es que no puedo conformarme con

la idea de estar léjos de tí; de tí que eres tan buena; que eres la única en el mundo que se interesa por la pobre jorobada que todas miran con desdén ó con humillante lástima.

Y Paulina abrazada al cuello de su amiga se echó á llorar con amargura, sin que sus caricias bastaran para consolarla.

—Mira Paulina, dijo Angelita enjugando una gruesa lágrima que rodaba por sus mejillas; con aflijirnos y llorar, no logramos nada y Dios pudiera castigarnos porque nos revelamos contra su voluntad. Ya sabes que luego que sane vuelvo al colegio y si me muero... ya sabes nuestro compromiso

—Ni un solo instante lo olvido, dijo Paulina algo mas tranquila.

—Ni yo, afirmó Angelita; además voy á dejarte mi *Camino del Cielo*; tanto lo hemos leído juntas, que casi todo lo sé de memoria.

—Pero ese sería para tí un gran sacrificio y yo no debo consentir que lo hagas, contestó Paulina.

—No lo creas; escucha: á la hora del recreo, te sientas, como tenemos de costumbre, bajo de la madre-selva; allí, mirando al Cielo, rezas la *Magnífica*, el *Te Deum* y la *Salve*; yo, en donde esté, haré lo mismo pensando en tí y nuestras oraciones se elevarán juntas hasta el trono de Dios; de ese modo aunque nuestros cuerpos estén separados, nuestras almas seguirán siempre unidas.

—Te ofrezco que así lo haré todos los días, contestó Paulina. Y un beso selló este pacto de fraternal afecto.

## V.

Quando se supo en el colegio la muerte de Angelita, el duelo fué general; por que de todos era amada la preciosa niña.

Paulina, uraña y silenciosa, se alejaba cada vez mas de sus compañeras, Pasaba largas horas en el jardín, sentada bajo la madre-selva, con los ojos tenazmente clavados en el cielo cual si quisieran penetrar en las regiones etéreas.

A pesar de los ruegos y órdenes de las madres, apenas si probaba el alimento, de manera que en pocos días se puso como un espectro!

Cierto día, al levantarse de la cama, cayó en el suelo acometida por un vértigo, y fué preciso acostarla de nuevo.

Sin embargo, cediendo á sus súplicas Sor Vicenta la vestía diariamente y, apoyada en su brazo, bajaba al jardín y sentada en su sitio favorito, murmuraba oraciones y frases misteriosas que nadie lograba escuchar.

Solo de vez en cuando se la oía decir con acento de profunda convicción: «Angelita me llama!»

La vida parecía haberse concentrado en sus ojos que casi siempre estaban fijos en el cielo.

El mismo día y á la misma hora en que se cumplía un mes de la muerte de Angelita, Paulina, sentada como de costumbre bajo la madre-selva, dió un profundo suspiro, echó la cabeza hácia atrás y espiró exclamando:

—Allá voy..... Angelita!

TERESA GONZALES DE FANNING.

## Una confesión curiosa.

Trabajo leído por su autor en la velada de la señora Matto.

Cuentan de cierto muchacho,  
Era un jóven; pero en fin,  
La cosa no vale un cacho  
Baste saber que era macho;  
Es decir que era un *piquin*.

Se enamoró el susodicho  
De una muchacha, pues, ya,  
Siendo jóven el tal vicho,  
Señores, todo está dicho  
Y apelo á la vecindá.

Se fué á confesar un día,  
Yo no sé si la Fulana  
Hariale ó no le haria  
Eso que llaman hoy día  
Una partida serrana.

Al tribunal se acercó  
Y al verle el padre la facha,  
La capucha se caló  
Diciendo, si éste pecó  
Ya sé cual es la vizcacha.

Quiso decir el pecado  
Y razón tuvo cabal  
Pues el que está *encamotado*,  
Este es, el que está abobado  
Tiene una cara.....;especial!

—¿Vienes aquí arrepentido,  
Le dijo el Padre—con qué?  
Y en tono muy compunjado  
Contestó medio enjerido  
El penitente:—pequé.

—Por partes, si así es, hermano,  
Antes que aflojes la bola  
Sepamos en castellano  
Si el Diablo metió la mano,  
Esto es si metió la cola.

Que hay hombres muy ilustrados  
Que opinan en su saber  
Que son los enamorados  
Solo ellos, los muy taimados  
Los que el Diablo suelen ser.

A mas, hijito, en amores  
Suele haber sus estaciones  
Que son de varios colores,  
Segun dicen los doctores  
Sabios ó santos varones.

Comienza pues la tonada  
Y desátame el tamal,  
Anadió con voz pausada,  
En frase muy gangozada  
Y en acento doctoral.

—Padre dijo el matolito  
Estábamos ella y yo  
Mirándonos

—Cómo, hijito?  
—Mirándonos.....de hito en hito  
—Eso es, así comenzó.

En la primera estación  
Todo es así: chocolate  
Dulcesito late y late  
—¿Ay mi Padre!

—Mas unción.

—Despues, señor, no pudimos...